

Un relámpago que sacude las tinieblas

Adolfo Gilly

El siglo del relámpago. Siete ensayos sobre el siglo xx

Itaca/La Jornada ediciones

México, 2002, 155 págs.

Isaac García Venegas

Si se toma con seriedad la idea de que las *Tesis sobre la filosofía de la historia* de Walter Benjamin fueron escritas para una época que no era la suya, tal vez habría que convenir que poco más de 60 años después ya estamos en condiciones de recuperarlas cabalmente. Por lo menos eso indica el que intelectuales de los más diversos ámbitos y geografías profundicen en ellas, como lo hace ahora Adolfo Gilly en *El siglo del relámpago*. En los siete ensayos que conforman este libro, escritos entre 1990 y 2001, hay una reflexión histórica que, como "ruido de fondo", tiene las *Tesis sobre la filosofía de la historia*, y al igual que Benjamin, la hace desde una posición clara y definida: la izquierda.

Se trata de la mirada de un historiador que asume la difícil tarea de llevar a la concreción lo que Benjamin pensó en un momento crucial antes de cegar su vida. Al igual que aquél, Gilly busca defender las posiciones del socialismo en una época de mistificación total, porque siente, como el pensador berlinés, que vivimos en instantes de *peligro*: el peligro de vencerse a los dominadores o, por el contrario, ser aun sin quererlo instrumento de la dominación.

De las muchas cosas que se desprenden de la lectura de estos textos, hay tres que importa destacar. La primera es la que se refiere al binomio globalización-fragmentación. En el ensayo titulado "Babel y la ciudad futura" (1993), Adolfo Gilly se vale de la metáfora de la torre de Babel para explicar el eje central de la nueva relación de poder derivada de la siempre violenta reestructuración del capital en las últimas dos décadas. Si bien la globalización proclama la existencia de una "aldea global", lo cierto es que lo único que se generaliza es la acumulación y concentración del capital que, además de su inherente expresión violenta, en su estrategia desvaloriza "globalmente" la fuerza de trabajo por medio de una ofensiva laboral, jurídica, política, organizativa e ideológica. Los pactos contractuales, los derechos sociales, los partidos y sindicatos, las organizaciones del trabajo y democráti-

cas son el objeto primordial de esta ofensiva que únicamente ofrece fragmentación y desarticulación, desconcierto y soledades de distinta intensidad para la mayoría.

La pertinencia del símil con la torre de Babel salta a la vista. El temor de Yahvéh consistía en que unidos los seres humanos en una misma comunidad y una misma lengua, pudiesen lograr cualquier cosa que se propusieran. No había nada más peligroso para Yahvéh. Por eso la necesidad de fragmentar a ese conjunto humano: obligarlos a hablar distintas lenguas. Así, la reestructuración del capital parece encontrar en la actitud de Yahvéh la inspiración de sus estrategias. Empero, el símil es mucho más aterrador de lo que en principio parece. En efecto, lo que sucede es una enorme tragedia: el retorno de lo innumerable, del destino, del dios que,

estando allende de la razón humana y sus necesidades, en su omnisciencia sabe lo que al hombre le conviene, lo que cada hombre y cada mujer merece. Ayer Yahvéh, hoy la "mano oculta" del mercado. ¿Acaso puede haber un retroceso mayor?, ¿es que puede existir una enajenación, violencia o soledad más brutal que ésta?

Pero como lo dice Gilly una y otra vez, queda el recuerdo, la memoria, la experiencia acumulada de esos intentos por construir la torre de Babel. Y éste es el segundo aspecto que conviene destacar: el que se refiere propiamente a una visión de la historia a "contrapelo" como lo recomendaba Walter Benjamin. Se trata de romper con la idea de que la única portadora de sentido es precisamente esa "palabra" dicha desde lo innombrable, desde el más allá, desde la teleología que regala como única meta la realidad que se vive, con principio y fin conocidos, de marcha segura e inevitable, continua y homogénea. Para el historiador ésta sería una de las facetas del instante de peligro. De condescender, o mejor dicho, de ceder a esta mirada, a este relato, no sólo sucumbirían los oprimidos, los marginales, los subalternos, los muchos que, fragmentarios, deja a su paso el capital concentrado, de ahora y de todos los tiempos, sino también las esperanzas de quienes en el intento de realizarlas quedaron en el camino. El historiador se encuentra ante la disyuntiva de hacer saltar "el continuum" de la historia, como lo quería Benjamin, o volverse instrumento del poderoso cuando no triste ejemplo de la docilidad patéticamente exaltada por el poder.

Por ello Gilly es consciente de que la mirada a "contrapelo" del historiador se tiene que posar sobre la resistencia, porque toda relación de dominio/subordinación la supone, la implica, de manera necesaria. Una resistencia cuyo desenlace, afirma el autor, puede ser la revolución o la negociación de esas condiciones de dominio. Pero sea cualquiera su expresión, lo cierto es que se trata de una sola y única resistencia. Desde esta perspectiva, si bien para el proceso globalizador la historia del siglo xx ha sido el relato de su expansión y triunfo, para el historiador que no cede este siglo ha sido, dentro de la catástrofe que con espanto veía el ángel de la historia, también y sobre todo, "de la resistencia generalizada de los subalternos (naciones, clases, etnias, mujeres, grupos sociales) contra sus dominadores, y el de los proyectos universales, encarnados en las organizaciones y las prácticas de ilimitadas multitudes, para sustituir el dominio del capital por una sociedad de justicia, igualdad y libertad cuyo nombre genérico era y sigue siendo socialismo" (pág. 12).

Todos los ensayos son una permanente argumentación en favor del socialismo. A este respecto Gilly no sólo busca liberarlo del pesado lastre del burocratismo soviético, sino

de la identificación ideológica que dolosamente hace el discurso hegemónico entre socialismo y aquellos regímenes que desaparecieron la década pasada. Acorde con esta mirada de la resistencia, para Gilly el derrumbe de la Unión Soviética y los sistemas que bajo su égida se hallaban no se debió a la expansión del capital, como proclama la historia vista desde la globalización, sino a la resistencia que los ciudadanos protagonizaron contra Estados burocráticos, autoritarios y tiránicos. Así, pues, lo que sucedió a fines de la década de los ochenta y principios de los noventa del siglo pasado, fue una revolución que derribó un sistema que ya poco tenía que ver con la revolución de octubre. Bajo esta perspectiva, la eclosión democratizadora que desde abajo se vivió en aquellos países se suma a las constantes y permanentes resistencias que son las que en realidad le dan sentido a la historia del siglo xx. Si el socialismo quiere avanzar, reconstituirse, debe reconocer este hecho, está obligado a hacerlo.

Para ello necesita volver sus ojos hacia la historia a contrapelo. Allí, en el cúmulo de experiencias de las heroicas luchas de la resistencia cotidianas, encontrará las explicaciones y las formas de organización para redefinir su rumbo y sus estrategias. Aquí se halla la clave del socialismo que piensa Gilly. Pues, en última instancia, el socialismo se presenta hoy como la recuperación del sujeto y de su voluntad, de forma que se manifiesta en toda resistencia cotidiana. No sólo tiene la idea de la política como actividad de todos, sino que rechaza las jerarquías y la delegación de las decisiones en una "clase política". Esta "horizontalidad", propia de los movimientos subalternos, defiende el dominio de lo público y se opone a la dominación despótica del capital sobre la fuerza de trabajo. De lo que se trata, afirma Gilly, es de "superar la fragmentación y la desorganización sociales, en donde el momento de lo general se presenta como monopolio del mercado y su lógica inhumana" (pág. 63). Es necesario, entonces, apropiarse de las múltiples experiencias del intento, fallido hasta hoy pero no por eso menos valioso, de construir la torre de Babel.

Así, para Gilly la redención de los oprimidos, de sus esperanzas y de sus esfuerzos, sólo es posible en el socialismo y éste aparece en todo momento en que la resistencia se presenta como elemento de lo cotidiano. Por ello el triunfo es posible, siempre y cuando no vuelva las espaldas a su propia historia, una historia que ha hecho el mundo vivible y que le ha dado sentido.

Sea como fuere, lo cierto es que en tiempos de mistificación un libro como el de Gilly se agradece. Es, si se permite la metáfora, como un relámpago que sacude las tinieblas. ❖